

CAPÍTULO VIII

COMPORTAMIENTO EN TIEMPO DE FERVOR Y EN LAS TRIBULACIONES

35. Cómo comportarnos en tiempo de fervor de espíritu y dulzuras espirituales

Al principio de la conversión del alma a Dios suele, a veces, venir sobreabundancia de espíritu, mas luego el Señor *fingit se longius ire*, parece haberla abandonado; conviene, pues, estar alerta y no angustiarse, puesto que Dios retira su mano de las dulzuras para ver si estamos fuertes; y si resistimos y vencemos aquellas tribulaciones y tentaciones, vuelven de nuevo los gustos y las celestiales consolaciones; por lo tanto, conviene atender a la adquisición de la virtud, porque al fin todo redundará en mayor dulzura que al principio, otorgando el Señor los gustos y consuelos doblados.

Siempre que Dios envía a un alma gustos extraordinarios, se debe preparar para cualquier grande tribulación o tentación. Y entonces, cuando se encuentre con aquel poco de espíritu no acostumbrado, pida gracia al Señor y fortaleza para poder soportar lo que sea de su beneplácito mandarle.

En los gustos espirituales se ha de estar muy advertido, porque tras ellos existe el peligro del pecado, y de ahí que cuando el alma siente semejantes gustos ha de humillarse y rogar al Señor que aquel peligro que le amenaza no sea el pecado mortal, sino otra clase de tribulación, que no le separe de su gracia y que ni aún le ofenda venialmente, siendo el gusto espiritual, de ordinario, prenuncio de algún peligro para el alma.

Los gustos y consolaciones de espíritu se han de buscar en el aposento, y tenerlos escondidos cuanto sea posible.

A propósito de esto, decía que en la vida espiritual había tres grados: El *primero se llama vida animal*, y es el de aquellos que van en busca de la devoción sensible, la cual suele Dios dar a los principiantes para que, atraídos por aquel gusto, como un animal lo es por el objeto sensible, se den a la vida espiritual. El *segundo* grado lo llamaba *vida de hombre*, y era el de aquellos

que no probando dulzura sensible combaten por virtud contra las propias pasiones, cosa propia del hombre. El *tercero* solía llamarlo *vida de ángel*, a la que habían llegado aquellos que, ejercitados en domar largo tiempo sus pasiones, recibían de Dios, ya en este mundo, una vida quieta, tranquila y casi angelical, no sintiendo trabajo ni fastidio en cosa alguna.

De esos tres grados aconsejaba el Santo que se perseverase en el segundo, porque, a su tiempo, el Señor concederá el tercero.

Y como el Santo, cuando se trataba de la salvación del alma, no quería tiempo ni hora para sí, trabajando sin cesar en bien de sus prójimos, estando siempre día y noche a disposición de los que a él acudían, por eso solía decir a los suyos: *Estad seguros que no hay cosa alguna que dé tanto consuelo y dulzura a las almas que aman a Dios como el dejar a Cristo por Cristo.*

36. De las tribulaciones

No se ha de pedir a Dios que envíe tribulaciones ni tentaciones presumiendo poderlas soportar, debiendo en eso andar con mucha cautela, porque el hombre bastante hace con sobrellevar aquellas que Dios a diario le envía; pero sí se

ha de pedir con humilde y confiado afecto gracia y fortaleza para sufrir con alegría todo cuanto le pluguiere enviarnos.

Cuando vengan sobre nosotros las tribulaciones, las enfermedades y contrariedades, no se han de huir con temor, sino vencerlas con valor.

El que huye de una tribulación le vendrá otra, al que huye de la escarcha le caerá encima la nieve, y el que huye del oso se encontrará con el león.

Si uno tiene una tribulación enviada por Dios y le falta la paciencia se le puede decir: *Tú no eres digno de que Dios te visite, ni mereces tanto bien.*

La vida del que sirve a Dios no es más que un consuelo y luego un trabajo, otro consuelo y en seguida otro trabajo.

Si alguno preguntare cuál es la mayor tribulación que puede tener un verdadero siervo de Dios, se le podría responder: *La mayor tribulación que existe es no tener tribulación alguna.*

Por fin, a los que se hallaban agobiados por los trabajos de la presente vida, daba como remedio, que rezasen con devoción y atención el *Credo*.

A un cristiano no le puede acontecer cosa más gloriosa que el padecer por Cristo.

No existe más cierto ni más grato argumento del amor de Dios que la adversidad.

No hay cosa que más rápidamente cause el desprecio del mundo y produzca la unión del alma con Dios como el verse trabajado y angustiado, y pueden ser llamados desdichados aquellos que no son admitidos a esta escuela.

En la vida presente no hay Purgatorio, sino Infierno o Cielo, porque al que sirve a Dios de veras, todo trabajo y adversidad se le convierte en consuelo, e interiormente tiene el Cielo aún en este mundo, en toda suerte de incomodidad; el que hace lo contrario y quiere atender a lo sensual, tiene el Infierno en este mundo y en el otro.

El P. Pedro Consolino, conforme a la mente de san Felipe, acostumbraba a decir: *Que conviene buscar a Cristo donde no está*, queriendo indicar el Santo que Cristo Señor nuestro, al presente, está en la Gloria, pero el que lo desee búsquelo en las penas y en los trabajos.

Para consuelo de los atribulados referiré lo que cuenta el cardenal Federico Borromeo. Vínole a cierta persona una gran tribulación, tal, que pocas se encontrarían de mayor peso, y duró algún tiempo. Al cabo de siete u ocho días, el santo P. Felipe le dijo que veía su cara del todo

mudada y que ya no era la suya, sino otra; y decíale a esa persona: *Mira, tú no habías tenido nunca esa cara. Da gracias a Dios por la tribulación, pero mucho, que yo también se las quiero dar. Paréceme ver tu rostro resplandeciente como el de un ángel.*

37. Cómo debemos portarnos en las enfermedades del cuerpo

Enseñaba el Santo que cuando alguien padece cualquier enfermedad corporal, mientras se halle enfermo ha de pensar y decir: Dios me ha mandado esta enfermedad porque quiere algo de mí, por eso propongo mudar de vida con su auxilio y ser mejor. Pues a Dios le es muy grata la humildad de aquel que piensa no haber todavía comenzado a hacer bien alguno.

Escribiendo al santo su sobrina, monja en Florencia, para que encomendase al Señor a otra monja enferma que deseaba curar, le contestó Felipe así: *Sor Dionisia, que lleva tanto tiempo enferma, es digna de compasión, y aquel su deseo de curar se puede tolerar, con tal que lo selle siempre —si así le place— Dios, y es conveniente a la salud del alma; porque en salud es dable practicar muchas obras buenas que la enferme-*

dad nos las impide. Creo que lo más seguro es lo que Dios quiere y pedirle paciencia en la enfermedad; porque, una vez curados, no sólo no hacemos el bien que propusimos estando enfermos, sino que multiplicamos los pecados y la ingratitud, y venimos a parar esclavos de nuestro cuerpo y sensuales; sin embargo, rogaremos con la condición arriba dicha.

¡Cuán grato a Dios y provechoso para nosotros sería, si en nuestras enfermedades imitásemos lo que, por consejo de san Felipe, hizo Gabriel Tana, su penitente, quien, hallándose enfermo de gravedad, deseaba vivir más largo tiempo tentado por el demonio, so pretexto de poder hacer mayor penitencia! Viéndole, pues, el Santo tan poco conformado, le dijo: *Quiero que me hagas donación de tu voluntad, y en el Ofertorio de la Misa la ofreceré a Dios, a fin de que si te llamase a Sí, y el demonio te quisiese molestar, puedas responder: No tengo ya voluntad, pues la he dado a Cristo.* Así lo hizo. Fue san Felipe a celebrar en San Pedro in Montorio, en la capilla donde el santo Apóstol fue crucificado, y hecha tan noble oblación a Dios, volviendo al enfermo encontróle por completo cambiado, de modo que con grande afecto, repetía a menudo aquellas palabras del Apóstol: *Cupio dissolvi et esse cum Christo.*

CAPÍTULO IX

CARIDAD FRATERNA

38. De la locuacidad y murmuración

Desagradaban al Santo, como refiere el P. Pedro Consolino, las personas muy habladoras; por eso contestó a unos religiosos que se maravillaban de la feliz memoria que Felipe conservaba en su edad decrepita: *El que no ha querido charlar en su juventud no está chocho en la vejez.*

Decía Gil Calvelli, lego de la Congregación, que el Santo, para incitarle a servir a Dios, le enseñó una cancioncita que dice así:

Fatti, fatti e non parole
Fa chi vuol servir a Dios;
Bem a Lui grato è il desio,
Ma l'oprar piu ch'altro ei vuole*

*Hechos, hechos y no palabras — Hace el que quiere servir a Dios; — Muy grato es a Él el deseo, — Pero el obrar es lo que prefiere.

Esté el hombre en su casa, esto es, dentro de sí mismo, y no sea fiscal ni juez de las acciones de la vida de los demás, si no quiere hacer juicios temerarios, murmurar o despreciar al prójimo.

Desagradaba mucho a Felipe oír murmurar, y como medio para impedirlo ordenó al P. Antonio Gallonio que, siempre que se murmurase delante de él, se arrodillase en presencia del murmurador y dijese: *Me acuso de haber murmurado de tal o cual*, como si él hubiese murmurado y así advertirían los que murmuraban la culpa cometida.

A propósito de esto recordaré que, levantada una terrible persecución contra los ejercicios del Oratorio por él fundado, y habiendo cierto Prelado (que más que ninguno perseguía al Santo) muerto de repente después de haber visitado al Papa para darle errónea relación respecto de san Felipe; no obstante, a pesar de todo eso, no podía sufrir Felipe que se dijese ni una palabra siquiera en contra de aquel Prelado; de modo que, al ir a confesar con él un penitente y queriendo entrar en los juicios de Dios por la muerte repentina del mismo, en seguida el Santo cortó la relación diciéndole: *¡Cállate!*

39. Cómo se debe conservar la paz y la caridad con nuestros prójimos.

Compasión de las caídas de los demás

Era opinión del Santo que para conservar la paz con los prójimos no conviene recordar a nadie los defectos naturales, ni se debe enseguida corregir a los hermanos, sino que antes debe uno considerarse a sí mismo.

Por eso solía decir que el hombre no debe despreciar al otro, sino a sí mismo.

Ámese a todas las personas con verdadero amor; y jamás, por palabras que se hayan dicho en contra de nosotros, ni por desprecios recibidos, se tenga odio alguno; porque en el corazón donde no existe verdadero amor al prójimo no está Dios.

Sucedió a Constancia de Drago, mujer romana noble, que, odiando a una persona pariente, no quería hablarle ni humillarse en modo alguno, y por ese motivo no iba a confesarse como tenía por costumbre, perseverando en esa indignación tres o cuatro días. Una mañana, estando Constancia medio dormida, sintió una sacudida que la desveló del todo y oyó la voz del santo Padre que le dijo: *¿Cuánto tiempo quieres permanecer así encolerizada?* Atemorizada con estas palabras, y reconociendo su falta, lloró y

resolvióse a hacer las paces con su cuñado. Fue en seguida a ver al Santo para confesarse y contarle cuanto había ocurrido, y Felipe simulando que todo lo ignoraba, no le contestó.

Escribe san Felipe en una carta a una monja y le dice: Que vivir en la ira y las discordias, perseverando con ánimo disgustado, es como respirar aire de infierno.

Cuando se sabe la caída de una persona conviene moverse a compasión y no a ira, porque uno de los medios más eficaces para conservarse casto es tener compasión del que por fragilidad cayó y no vanagloriarse de verse de ello libre; reconocer sí, con mucha humildad, la grande misericordia que con él ha tenido Dios.

Decía, además, que no tener piedad en semejantes casos era señal manifiesta de próxima caída en castigo de la soberbia, y añadía: No haber mayor peligro en esta materia como el no temer el peligro, y que cuando alguno no titubeaba o no temía, entonces ése lo tiene seguro.

Conviene tener compasión de los defectos del prójimo, y pensar que si Dios no nos proteje obraríamos peor.

40. Para acostumbrarse a perdonar injurias

Cuando el siervo de Dios no tiene tribulaciones ni hay quien le persiga e injurie, si quiere hallar espíritu debe en la oración imaginarse que algún hombre perverso va a encontrarle para decirle palabras soeces y que de las palabras pasa a los hechos maltratándole, pegándole y hasta hiriéndole, y así insultado, con grande afecto de caridad, para imitar a Cristo, mueva su corazón a perdonar al ofensor las injurias de él recibidas, reprimiendo los movimientos de indignación que se levanten, y no queriendo por amor de Dios tomar venganza de ello; perdónele con grande amor, como si de verdad hubiese recibido la ofensa. Pues con semejantes pensamientos el corazón se acostumbra a perdonar la injuria verdadera, y así se alcanza grande espíritu. Como el soldado que aprende la esgrima, acostumbra la mano a saber manejar la espada, y así se sirve luego de este arte cuando pelea de veras.

Sin embargo, a cierta persona que rogó al Santo le enseñara este ejercicio contestó: *No es para ti, ni para todos.*

No podía tolerar que se dijera ni una sola palabra contra aquellos que nos persiguen.

Respecto de eso, voy a referir un caso de un

joven que no quería perdonar en modo alguno una injuria que le habían hecho. Poco tiempo hacía que estaba en manos del Santo, y, aunque con varias razones se esforzaba en persuadirle, se mostraba reacio en sumo grado. Un día, viendo que ningún medio aprovechaba, tomó un crucifijo y con mucho fervor le dijo: *Mira ahí y piensa cuánta sangre ha derramado este Señor por amor tuyo, que no sólo perdonó a sus enemigos, sino que rogó al Padre eterno que los perdonara. ¿No ves, miserable, que diciendo cada día el Padrenuestro, en vez de pedir perdón de tus pecados, pides venganza? Es como si dijeres: Échame al infierno y no me perdones, porque no quiero perdonar a los demás.* Dicho esto, le mandó, con gran fervor de espíritu, que se arrodillase y que rezase esta oración:

«Señor mío, aunque Vos estáis clavado en la Cruz y vuestros pies y manos traspasados por clavos, y por la lanza abierto el costado, y habéis derramado toda vuestra sangre: todo eso, sin embargo, no basta para mi salvación, porque será menester que en la otra parte del corazón os dejéis abrir nueva herida, para que mane más sangre, si aun sangre queda en las venas, no contentándome yo de la que hasta el presente, padeciendo, habéis derramado por mí». Obedeció el joven y se arrodilló delante del Crucifijo, e inten-

tando rezar esta oración no le fue posible pronunciar palabra alguna; comenzó a temblar, y habiendo permanecido en ese temblor largo rato, por fin se puso de pie y dijo: «Héme aquí, Padre mío, dispuesto a obedecer; perdono, perdono toda injuria que se me haya hecho; para que Dios me perdone a mí lo que yo hice contra Él».

41. Acerca de la corrección fraterna y modo de recibirla

Al ser corregidos de algún defecto cometido se debe, con alegría y humildad, recibir la corrección, sin quedar melancólicos, displicentes o enojados, porque muchas veces ese enojo, que por soberbia se acrecienta al verse corregido, es más perjudicial que el mismo defecto.

Es pernicioso excusar el defecto, y por esto, si se cae en alguno, debe decirse: Si yo hubiese sido humilde no habría caído.

Siempre que fuere conveniente avisar a persona de respeto de algún defecto notable que tuviere, es mejor hacer recaer la corrección en una tercera persona, pues así más fácil y suavemente lo tomará para sí, y no se enojará de que otro le haga de maestro, como lo hizo Natán con David.

Y san Felipe, al corregir los defectos de sus hijos espirituales, se proponía a sí mismo como si tuviese el tal defecto, de modo que el culpable se daba cuenta de la amonestación que se le hacía.

CAPÍTULO X

NORMAS DE ACTUACIÓN PASTORAL

42. Acerca del estudio de las ciencias

La opinión del Santo acerca del estudio de las ciencias era que se debe buscar saber, pero no con curiosidad y afanosamente.

Lo aprendido téngase oculto sin ostentación; pero sirvámonos de ello para hacer bien.

A los que estudiaban la Sagrada Teología solía decir el Santo que el *estudio de la Teología es escalera para la contemplación*; que la materia de la Sagrada Escritura se aprende más con la oración que con el estudio.

Daba como consejo general, tanto para la oración como para el estudio, principalmente a los de su Congregación y a los que debían predicar la divina palabra, que leyese libros de aquellos autores cuyos nombres empiezan por S, es a

saber, de san Agustín, san Gregorio, san Bernardo y otros santos.

No era del gusto del Santo que se prolongaran las discusiones a modo de contienda.

A propósito del presente tema, pidiendo el cardenal Federico Borromeo consejo al Santo acerca de si debía, por el gran deseo que tenía de saber, ausentarse de Roma, Felipe le contestó:

«El apetito de saber que teneis, como vos decís, es lo que os mueve a buscar en la soledad el descanso y reposo; debéis acordaros que a todos gusta el descanso, pero no a todos conviene buscarlo en la soledad, ni a todos conviene acá llevar descansada y reposada vida. Vuestro estado presente y el nombre de la familia que lleváis escrito en vuestra frente, y vuestra fama esparcida por doquier, exigen mejor reforma de vuestro pensamiento y de vuestros propósitos, si no queréis ser traído burlonamente en boca de todo el mundo. ¿Y qué se diría de vos si se divulgase que, apenas llegado a la Corte, en vez de secundar con prudente demora el mejor porvenir, habéis roto con imprudente y precipitada fuga el curso de la feliz fortuna que a vuestras virtudes y méritos tan próspera y favorable se presenta y de hecho se palpa? Vuestro espíritu, ¿cómo sería reputado? ¿Reposado, fuerte, constante o cómo?

Dos cosas, pues —ya que a mi arbitrio habéis puesto vuestro querer, por razón de mi cargo—, de vos pido y deseo: la primera es que en eso os hagáis vos mismo alguna violencia y fuerza; la otra, que os quedéis contento, de que aquella Providencia eterna que guía por los aires las alas de las aves y mueve también con tanta providencia los pequeñísimos gusanos de la tierra, gobierne, guíe y rija esos vuestros pensamientos».

Leídas estas prudentes palabras del santo Padre, Borromeo quedó en seguida consolado, y no necesitó ya más desde aquella fecha en adelante; y ateniéndose al consejo que se la había dado, hizo que, sustituidos sus propios pensamientos por aquellos del Cielo, no se moviese de Roma.

No crea alguien que el Santo desaprobaba el estudio, ya que él fue quien movió a muchísimos de sus penitentes a que se aplicaran seria e intrépidamente a estudio de provecho y utilidad para la Iglesia.

¿Qué no hizo con Baronio, con Tomás Bozzio, con Antonio Gallonio y otros que se dedicaron a componer y escribir libros por mandato suyo?

Amonestaba el Santo a los que con afán estudiaban, que moderasen el trabajo del estudio a

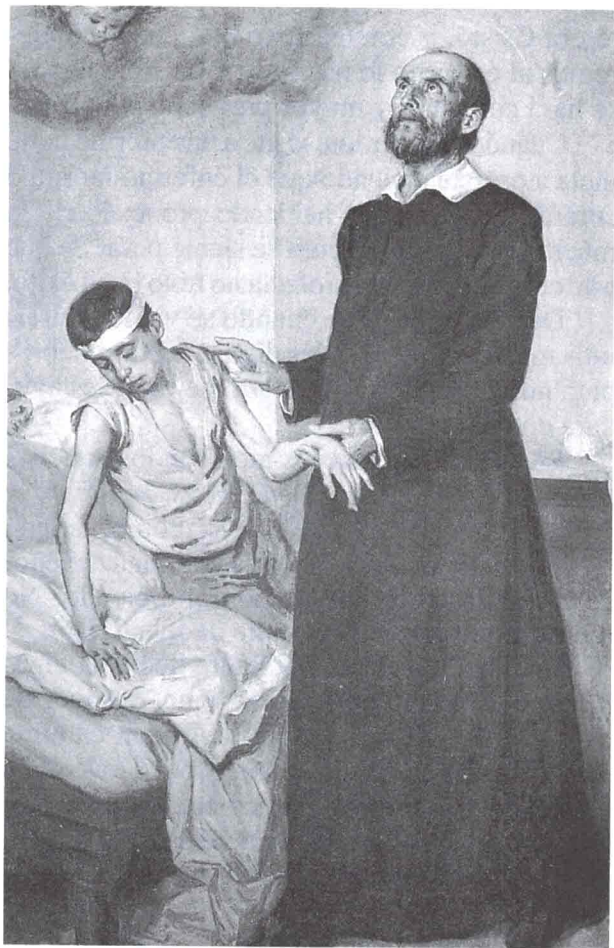
fin de no perjudicar su salud. Respecto de esto, Alejandro Illuminati refiere del santo Padre lo siguiente: «Muchas veces mandó que fuese a ver a Monseñor Mercati para decirle que no estudiase, pues si lo hacía se moriría, como así sucedió. Al saberlo el Santo exclamó: Ha querido estudiar».

Y al P. Tomás Bozzio, mientras andaba atareado en la impresión de sus obras, para que no perdiera la salud con la pesada carga de su trabajo, ordenóle que cada día fuese a San Pedro in Montorio para tomar el aire y recobrar fuerzas.

Como, asimismo, dio orden, pocas horas antes de morir, al P. Francisco Bozzio, hermano del P. Tomás, atareado también como éste en las obras que entregó a la imprenta, que se cuidase, y que al estudiar procurara no quebrantar su salud.

43. Modo de visitar y asistir a los enfermos

A las personas que iban a asistir a los enfermos en los hospitales o a practicar en ellos alguna obra de caridad acostumbraba el Santo decirles que no bastaba servir exclusivamente al enfermo, sino que era conveniente, para hacerlo con mayor caridad, imaginarse que aquel pacien-



Cuadro de la Congregación de Seglares de San Felipe Neri. Siervos de los pobres enfermos. Antonio Arias, 17. Madrid.

te era Cristo, y convencerse que cuanto hiciéremos al enfermo lo hacemos a Cristo, pues así se hará con amor y mayor provecho del alma.

Cuando el sacerdote visite a un enfermo no se meta a profeta diciendo que el enfermo morirá o curará; pues a veces, habiendo pronosticado la muerte, si el enfermo cura se siente pesar de que esté curado porque la profecía no tuvo buen éxito.

Decía también que cuando se visite a enfermos moribundos no se les diga muchas palabras para no fastidiarles, y que era mejor se les ayudara con la oración.

Sugería el Santo a los moribundos aquellas palabras del Salmista: *Deus meus, refugium et virtus, adjutor in tribulationibus*; como, asimismo, hacer donación de nuestra voluntad al Señor contra las intrigas del demonio, diciendo: No tengo ya voluntad, pues la he dado a Cristo.

Lamentóse también el Santo de haber algunas veces rogado por algunos que, después de curados, se habían apartado del buen camino, entregándose a una vida mala, y por eso le dolía haberlo hecho y decía: Nunca más quiero hacer oración absoluta por persona determinada; aunque muy de grado lo hacía por las mujeres parterrientas.

Exhortaba mucho el Santo que se visitasen los

hospitales, y por eso introdujo tan piadoso ejercicio en su Congregación, pues decía ser un camino breve para alcanzar la perfección de la virtud ejercitarse caritativamente en este ministerio.

44. Modo de predicar

Además de lo que el Santo exigía a los de su Congregación acerca del modo de predicar, advertía, en general, a todos que con estilo llano y fácil se extendiesen en demostrar la belleza de la virtud, y la fealdad de los vicios. Recomendaba muy mucho que se contase alguna vida o ejemplo de algún Santo, y él siempre lo hacía, para que la doctrina predicada se grabara más en la mente de los oyentes.

Detestaba en sumo grado la imprudencia de aquellos predicadores que, so pretexto de atacar o reprender el vicio contrario a la honestidad, usan palabras no del todo correctas; y a propósito de esto decía el P. Pedro Consolino que *si san Felipe hubiese oído que uno de los suyos incurría en semejante imprudencia le hubiera hecho interrumpir en público su perorata antes de terminarla.*

45. De la confesión y elección de confesor

Era máxima del Santo que la frecuente confesión de los pecados causa grande bien a nuestra alma, porque la purifica, robustece y reanima en el servicio de Dios.

De ahí que no ha de omitirse la confesión por cualquier cosa que ocurra en el día señalado para ella; procúrese, pues, primero confesarse, y después atender al asunto, que resultará mejor con este auxilio de la confesión.

Al confesarse aconsejaba decir primero los pecados más graves y los que dan mayor vergüenza; pues así se confunde más el demonio y se saca mayor fruto de la confesión.

Antes de elegir confesor piénsese mucho en ello y hágase oración, porque tener un buen y experto guía en un viaje dificultoso es de gran provecho; pero, elegido ya, no se debe mudar, a no ser por poderosísimas razones, sino obedecerle y tratar con él todo lo que ocurra. Pues el Señor no permitirá que el confesor yerre en cosa que pueda impedir la salvación del alma del penitente.

Si el demonio no puede hacer caer a una persona en pecados graves procura con toda su astucia inspirar desconfianza al penitente res-

pecto del confesor, porque así, poco a poco, llega a recoger grande ganancia.

El Santo alababa muchísimo que el marido y la mujer se confesasen con el mismo confesor, para tranquilidad y paz de ellos mismos y de la familia, eso se entiende espontáneamente; pues muy bien sabía, por otra parte, cuán libre y voluntaria debe ser la confesión.

A los penitentes decía que no debían jamás violentar al confesor en dar licencia para hacer algo en contra de lo que él indicare; y que, en los casos que no les fuese posible consultar con el confesor debían interpretar la mente de éste, y conforme a ello guiarse, y que a la mejor ocasión se lo explicasen para no exponerse a errar.

46. Suavidad con que el Santo llevaba los pecadores a santa vida

Siempre que el Santo se encargaba de grandes pecadores mal habituados, al principio sólo les exigía que se abstuviesen de pecados mortales, y luego, poco a poco, los conducía con admirable arte al grado de virtud que deseaba.

Fue en cierta ocasión a confesarse con el Santo un pecador, tan encenagado en un vicio que caía casi a diario; al que Felipe no le dio otra

penitencia sino tan sólo que si de nuevo recaía volviese a confesar en seguida sin esperar a faltar por segunda vez. Obedeció el penitente, y san Felipe lo absolvió imponiéndole la misma penitencia cada vez que caía, y, únicamente con esto, enmendóse de tal modo que, en pocos meses, vióse libre no sólo de aquel pecado, sino también de otros muchos, llegando a tanto grado de perfección, que, como dijo el propio santo Padre, en corto tiempo llegó a ser un ángel.

Con idéntica benignidad convirtió igualmente a un joven muy disoluto, rogándole que rezase cada día siete veces la *Salve Regina* y luego que besase el suelo diciendo estas palabras: *Mañana podría estar muerto*; lo puso en práctica el joven y en breve tiempo cambió de vida, y después de catorce años de perseverar en ella murió con manifiestas señales de santidad.

Por el mismo motivo de atraer con benignidad las almas a la perfección y a Dios, no acostumbraba casi a reprender ciertas vanidades de las mujeres en el vestir y adornarse la cabeza; disimulaba, sí, lo mejor que podía, juzgando que era conveniente tolerar esos defectos en los otros, como soportamos, contra nuestro querer, nuestros defectos naturales; pues, luego que les hubiese entrado un poco de espíritu, por sí mismas lo deja-

rían, haciendo todavía más de lo que el confesor quisiere.

Al preguntarle cierto día una mujer noble si era pecado llevar tacones altos, el Santo contestó: *¡Tenga cuidado, no se vaya a caer!*

A otro de sus penitentes, que llevaba el cuello de lechuguillas muy largas, tocándoselas, le dijo: *Más a menudo te acariciaría si este cuello no me punzara las manos.* Y así, aquella mujer dejó los tacones altos, y estotro no usó más el cuello de lechuguillas, cuello alto y almidonado que se usaba entonces.

Referiré, a propósito de esto, lo que de sí y de san Felipe testificó un caballero romano: *Para sacarme de la mala vida, pues andaba muy perdido, tuvo indecible paciencia. Empleaba variados modos y maneras, y siempre iba conmigo en el coche para hacerme perseverar. Para atraerme, comió más de trescientas veces en mi mesa con el fin de platicar de algún asunto espiritual. Verdadero imitador de aquél de quien se dijo: «Peccatores recipit et manducat cum illis», «recibe a los pecadores y come con ellos».*

Si suave era el Santo con los pecadores, mas tierno aún era para con la juventud, a fin de aficionarla a la devoción; entre otros muchos

casos, sólo referiremos lo que hizo con Francisco Zazzara.

Yendo muy a menudo el niño con su padre, penitente del Santo, éste le acariciaba y regalaba dulces y, atraído por ellos sentíase estimulado a volver de nuevo, y cobró tanto afecto a Felipe y a su Instituto que, a los veintiún años de edad, entró en la Congregación. Recordando más adelante la suavidad del santo Padre, decía a los Padres: *Sabed que yo estoy en la Congregación por los dulces que el Santo me daba cuando todavía era niño. Eso me incitaba a volver a menudo a él; lo cual me indica que he de ser cariñoso con los demás, ya que el Santo fue tan dulce y cariñoso conmigo.*

Para curar a una persona que había caído en algún pecado después de haber caminado largo tiempo en la virtud, no hay mejor remedio, para hacerla volver al primitivo estado, como obligarla a una notable mortificación, p. ej. exigirla que manifieste su caída a otra persona de gran bondad de vida, con la que tenga confianza; pues por este acto de humildad Dios le exaltará a su primer estado.

47. Remedios y consejos acerca de los escrúpulos

Repetía el Santo que los escrúpulos porque inquietan el espíritu y lo vuelven melancólico se debían evitar con sumo interés.

Daba varios remedios y consejos acerca de esta materia. En primer lugar decía que si un escrupuloso hubiere hecho ya una vez resolución de no consentir la tentación, no debía pensar más en ello sobre sí consintió o no consintió, pues muchas veces, con tales pensamientos, se suscitan de nuevo las tentaciones.

Mas, como los escrupulosos se ven molestados del escrúpulo por no saber si han consentido o no han consentido a la sugestión, sobre todo en los pensamientos, daba dos reglas. La primera, que el sujeto considerase si en la tentación tuvo siempre vivo amor a la virtud contraria del vicio de que se ve tentado y odio contra el mismo vicio, puesto que, en tal caso, hay la suficiente conjetura para afirmar que no consintió. La segunda, que considerase si juraría haber consentido o no a la tentación; presupuesto, no obstante, que supiese ser gravísimo pecado jurar cosa dudosa como cierta; por lo tanto, cuando no se atreviera a jurar era muy buena señal de no haber consentido.

Todavía más, aparte del remedio ordinario de sujetarse en todo y por todo al juicio del confesor, indicaba otro, y era aconsejar a los suyos a despreciar los escrúpulos, por lo que, a semejantes personas, prohibía confesarse a menudo, a fin de que así se acostumbrasen a no reflexionar ni cavilar; y por idéntico motivo, cuando, confesándose, entraban en escrúpulos, solía mandarlos a comulgar sin querer escucharlos. Y, en general, decía que *esa era una enfermedad que acostumbra conceder alguna tregua, pero raras veces paz; y que sólo la humildad ganaba la victoria.*

CAPÍTULO XI

PERSEVERANCIA. CAMBIO DE ESTADO

48. Medios de perseverancia

Decía el Santo que entre las cosas que se han de pedir a Dios continuamente es la perseverancia en el bien obrar y servir a Dios; porque si se tiene paciencia y se persevera en la buena vida comenzada se alcanzará grandísimo espíritu.

Repetía el Santo continuamente aquella sentencia de Cristo Señor Nuestro: *Non qui incoeperit, sed qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit*. No el que comienza, sino el que persevere hasta el fin, ése se salvará.

Por eso decía que para alcanzar la perseverancia era excelente medio la discreción; que, por lo tanto, no conviene hacerlo todo en un día, porque la perfección no se alcanza sino con gran-

dísimo trabajo, y para conservarse en el buen camino y en el santo servicio de Dios, tan necesarios son los buenos ejercicios como los Sacramentos.

Decía, además, que no conviene ligarse tanto a los medios que el hombre se olvide del fin, y que no es conveniente darse tanto a mortificar la carne que se deje de mortificar el entendimiento, que es lo principal.

Daba por consejo a los jóvenes que no dejasen por un leve motivo las devociones: como la confesión en el día prefijado, y, en particular, el oír Misa en los días laborales, y que antes de salir a paseo o hacer otras cosas practicasen las devociones y la confesión, y luego lo demás.

Por eso era máxima suya no ser bueno cargarse con muchas prácticas devotas, pero sí aconsejaba que se eligiesen pocas, mas que no se omitiesen, porque si el demonio consigue que se deje un ejercicio tan sólo una vez, fácilmente logrará que se deje la segunda y luego la tercera, hasta que se acabe por suprimirlo; de ahí que acostumbraba decir a los suyos aquellas palabras: *Nulla dies sine línea*.

Advertía, también, que era conveniente guardarse de los pequeños defectos, pues de otra suerte como se comience a volver atrás y a despre-

ciar tales defectos se endurece la conciencia, y, por fin, se llega a la ruina.

Conviene, asimismo, renovar a menudo los buenos propósitos, sin amilanarse por tentaciones que contra ellos se levanten.

A fin de que los jóvenes perseveraran en el camino de la virtud les decía que era tan necesario huir de las malas costumbres y acompañarse con los buenos como la frecuencia de los Sacramentos.

Ni se fiaba aunque mostraran gran espíritu, por lo cual, si algunas veces le hablaban de ciertos jovencitos que caminaban en la senda del espíritu, contestaba: *Deja que echen plumas, y después verás el vuelo que toman*; añadiendo que a él le sobraba ánimo para hacer que en breve tiempo se tenga grandísimo espíritu, pero que lo importante estaba en perseverar.

Por fin decía que para bien comenzar y mejor acabar era necesaria la devoción a la Santísima Madre de Dios y oír Misa cada mañana, con tal que no haya legítimo impedimento.

Y como el don de perseverancia se debe siempre pedir al Señor, por eso ordenó que todas las tardes, en la oración que en común se hace en el Oratorio de la Congregación, se rezasen cinco *Padrenuestros* y cinco *Avemarías* a este fin.

Finalmente, repetiré lo que en la misma mañana del día en que murió recordó a Francisco Della Molar, para enseñarle el modo de perseverar en el bien, diciéndole: *Francisco, procura de hoy en adelante asistir al Oratorio para escuchar los sermones, y acuérdate de leer los libros espirituales y en particular las vidas de los Santos.*

49. De la muerte de los justos

Enseñaba el Santo que no acostumbra Dios casi nunca enviar la muerte al que le sirve, si antes con alguna señal no se lo avisa, o bien le de extraordinario espíritu.

Si un alma pudiere abstenerse por completo de los pecados veniales, la mayor pena que sentiría en este mundo sería verse detenida en esta vida, por el deseo vehemente que tendría de unirse con Dios.

De ahí que repitiese con frecuencia aquella máxima: *Los verdaderos siervos de Dios llevan la vida en paciencia y la muerte en deseo.*

Y como el Santo fue favorecido de Dios con ver las almas de muchos subir al Cielo, hablando de su hermosura solía decir: *No se puede declarar la belleza de un alma que muere en gracia del Señor.*

En atención a esto, cada cual debiera vivir de tal modo y tan santamente todos los días, y arreglar sus acciones con tanto esmero, como si aquél fuese el último día de su vida.

La muerte, a los que todavía viven en estado de pecado, les suele causar temor, no así a los que, como san Pablo, desean morir y estar con Cristo.

50. Del cambio de estado. De los votos

No era el Santo muy complaciente y fácil en dar permiso para que se cambiase de estado, queriendo de ordinario que cada cual permaneciera en aquella vocación a que Dios le había llamado desde un principio mientras se viviese en ella sin pecado: diciendo que, *aun en medio de la gente, se puede atender a la perfección; y que ni el arte ni el trabajo son por sí mismos impedimentos para el servicio de Dios*. Por esto, aunque había enviado muy crecido número de hijos espirituales al estado religioso, así hombres como mujeres, sin distinción de religiones, por ejemplo, dominicos, capuchinos, teatinos, jesuitas y otros; sin embargo, tenía grandísimo gusto y deseo de que los hombres se santificasen en sus propias casas. De ahí que a muchos que estaban

en la Corte, con fruto para ellos y de mucha edificación para el prójimo, no les permitía que se apartaran de aquélla para ir a otra parte: diciendo *que, para pasar de un estado malo al bueno, no se necesita consejo; pero para pasar del bueno al mejor, se requiere tiempo, consejo y oración.* Y para probar si la inspiración era buena solía detenerlos no sólo meses, sino hasta años, porque (decía él) no todo aquello que es mejor en sí es lo mejor para cada cual en particular, y aunque el estado de religión sea más excelente, no conviene, sin embargo, a todos.

Pero donde veía aptitud e indicios de vocación para el estado religioso era fervientísimo en protegerla y fomentarla. De modo que envió tantos a la orden dominicana, que los mismos Padres llamaban a Felipe otro santo Domingo; mas, donde no advertía esa disposición, no era fácil en dar permiso para hacerse religioso, excepto en el caso de tratarse de quitar una ocasión próxima y peligro de pecar: en ese caso juzgaba mejor y aconsejaba que, cuanto antes, se hiciesen religiosos.

Tenía por sospechosa toda mudanza; ni le gustaba que los hombres pasasen de un estado bueno a otro, aunque mejor, sin mucho consejo; y decía que el demonio a veces se transforma en

ángel de luz, y so pretexto de lo mejor hace dejar lo bueno. Ni deseaba solamente esa firmeza en los hombres de claustro, sino también en los seglares, procurando que sus penitentes, una vez hecha la elección de estado, siguiesen viviendo bien en él, y que no cambiasen de lugar ni de profesión por cosa de poca monta.

A propósito de esto, no quiero dejar de referir lo que sucedió a Maximiano Borgo. Éste se encontraba al servicio de un gran personaje, al que había ido a servir no de muy buena gana y con pacto de no querer ocuparse en ciertos negocios de mundo para poder atender a sus ejercicios espirituales y servir mejor a Dios. Como aquel señor no cumplía su promesa, quería marcharse de aquella casa; pero el Santo le aconsejó la paciencia, diciéndole expresamente *que no se marchase, porque si huía de una cruz encontraría otra mayor, y nunca estaría quieto*. Y así le sucedió: porque, mal aconsejado por otros, se marchó; y nunca más, desde aquella fecha, estuvo quieto ni encontró lugar estable, a pesar de que vivía laudablemente.

No le agradaba al Santo que los penitentes hiciesen votos sin consejo del padre espiritual, como tampoco daba con facilidad licencia para ello, por el gran peligro que hay de no observar-

los; pero en caso que los hiciesen, les exhortaba que fuesen condicionados. Y ponía este ejemplo: *Yo hago voto de mandar celebrar dos Misas el día de santa Lucía con este pacto: si puedo, si me acuerdo; porque si no me acuerdo, no quiero estar obligado.* Prudentísimo aviso para quitar la inquietud a muchos.

Si tanto el marido como la mujer se sentían inclinados a hacer voto de castidad, era muy rígido en condescender en tal materia por los peligros y lazos del demonio que pudiera haber escondidos.

CAPITULO XII

NORMAS DE VIDA CRISTIANA

51. Acerca del rezo del Oficio divino.

Lectura espiritual y celebración de la Misa

Quería san Felipe que al rezar el Oficio divino se tuviese el Breviario delante y que no se equivocase ni una sílaba, aconsejando que las Horas no se rezasen de memoria, máxime si uno reza solo, porque se está expuesto a error.

Por la tarde rezaba el Santo los Maitines y Laudes para el día siguiente; las Horas por la mañana, y, después de comer, Vísperas y Completas.

Aunque san Felipe siendo ya viejo y por las continuas enfermedades se hallase abatido, no hizo uso del privilegio que le concedió Gregorio XIV de rezar el Rosario en vez del Oficio, sino que siempre rezó éste con gran atención y cuidado.

Para avivar el espíritu no hay cosa mejor, afirmaba san Felipe, como la lectura de libros espirituales, y, en particular, las vidas de los santos; pero que convenía practicarla con discreción, porque, decía, hay algunos que cuando empiezan a leer vidas de santos o se entregan a la oración no acabarían nunca, de lo que resulta que malbaratan su complexión y luego no son buenos para sí ni para los otros.

Para sacar provecho al leer las vidas de los santos u otros libros espirituales no conviene leerlos por curiosidad o aprisa, sino despacio, poco a poco, y siempre que la persona se halle compungida, o que le entra devoción, no debe pasar adelante, sino cerrar el libro, pararse y seguir el espíritu, y, en faltando éste, volver a la lectura.

Agradaba al Santo que los sacerdotes, al celebrar la Misa, fuesen más bien cortos que largos; pero sin dejar de emplear el espacio de tiempo que, por decoro de tan santa acción, se requiere; por lo que si, al celebrar, alguna vez se experimentare abundancia excesiva de espíritu exhortaba que dijese: *No te quisiera aquí, sino en mi aposento*; queriendo inferir de aquí que la Misa debe celebrarse con espíritu, sí, pero sin fastidio del que la oye, y que en el aposento después se dé rienda suelta a la devoción.

La tierna devoción que tenía el Santo al Santísimo Sacramento movióle a aconsejar a todos los sacerdotes penitentes suyos que tomasen la santa y laudable costumbre (mientras no estuvieren legítimamente impedidos) de celebrar cada día, cosa que en aquel entonces no se estilaba; que se equivocaban mucho los que con el solo pretexto de descansar o recrearse, y no por otro motivo digno de tomarse en cuenta, dejaban de celebrar cada mañana. *Quien busca, decía, la recreación fuera del Creador y el consuelo fuera de Cristo, jamás lo encontrará. Añadiendo: Aquéllos que buscan el consuelo fuera de su lugar buscan su propia condenación, y el que pretende ser sabio sin la verdadera sabiduría, o salvarse sin el Salvador, el tal no está bueno, sino enfermo; no es sabio, sino loco.*

Algunas veces, sin embargo, a los que acababan de ser ordenados de sacerdote, no les daba permiso de celebrar en seguida el santo sacrificio de la Misa, sino que les hacía esperar algún tiempo para que de esta suerte se encendiese en ellos en mayor grado el deseo y hambre de aquel santísimo alimento.

52. De las sagradas reliquias y del culto que se debe a los Santos. Del respeto a los templos.

No permitía que sus penitentes llevasen encima sagradas reliquias, ya porque no se las tiene con la decencia conveniente, ya, también, porque con el tiempo, por descuido de los herederos, se las trata con irreverencia.

Sin embargo, no le parecía mal que se tuviese alguna en el aposento.

A una persona que dijo a san Felipe: *Padre, grandes cosas hacen los santos*, le contestó: *No lo digas así, sino grandes cosas hace Dios en sus santos.*

Era el Santo tan respetuoso en el culto de las cosas sagradas, o que con ellas tuviesen relación, que, al celebrar privadamente la Misa, si le era preciso, solía, terminada ésta, escupir en una taza de metal dorado, que tenía colocada en la capillita, y luego mandaba llevarla a la sacristía, no por escrúpulo, pues el Santo, como decía el P. Pedro Consolino, era capaz de quitar los escrúpulos a todo el mundo, sino por ser él minucioso y delicado en todas las cosas que se referían al culto del Señor.

Acostumbraba san Felipe a celebrar las fiestas de los santos con alguna mortificación.

A pesar de que Felipe estaba tan lleno de caridad, que fue llamado otro san Juan Limosnero por sus abundantes limosnas, no podía sufrir que los pobres anduviesen pidiendo limosna por las iglesias, levantándose a veces él en persona del confesionario para encaminarlos a la puerta; y eso, no por falta de compasión, sino a fin de que no estorbaran los divinos Oficios; y lo propio hacía con los niños si los oía gritar. Tampoco consentía que los albañiles u otros oficiales metiesen ruido de cualquier clase que fuese, a no ser por grandísima necesidad; y si estaba en el altar y oía que los trabajadores no guardaban el debido silencio, hacía una seña para que los hiciesen callar o suspender la obra.

53. Renuncia a dignidades. Cómo se han de administrar los bienes de la Iglesia

Mucho desagradaba al Santo que los beneficiados tuviesen más de un beneficio. Respecto de esto reprendía a prelados y Cardenales de altas cualidades; y solía contar que una vez a un Prelado interrogó por qué teniendo tantos beneficios buscaba todavía otros, siendo así que cuando no tenía ninguno no los buscaba, sino que más bien huía de ellos como de cosa peligrosa. A lo

que contestó el Prelado que al serle ofrecido el primer beneficio lo rehusó repetidas veces, no queriendo en modo alguno consentir en aceptarlo; pero, finalmente, a instancias de sus parientes, lo aceptó contra su gusto. No pasó mucho tiempo sin que le ofrecieran otro, y resistióse, aunque no tanto, para aceptarlo; pero, al fin accedió. Después de esto, no sólo admitió los siguientes que le fueron ofrecidos, sino que él mismo iba buscándolos; y preguntando por el motivo de tan grande cambio, dijo que el primer beneficio le había sacado un ojo, el segundo el otro, y que ahora andaba a ciegas.

Con este ejemplo intentaba insinuar a sus hijos espirituales que no se preocuparan en obtener beneficios eclesiásticos.

A cuyo propósito habiendo sido nombrado obispo el P. Juan Francisco Bordini, y permaneciendo todavía en la Congregación, el Santo mandó decirle que despachase los asuntos y cuanto antes se fuese a su diócesis, no queriendo que estuviese más en casa por no ser ya de la Congregación, recordándole así el deber de residir en su Iglesia.

El cardenal Baronio, a propósito de esto, dice: El B. Felipe fue hombre de gran libertad en reprehender aquello que conocía no estar conforme,

principalmente en los Prelados y en los Grandes; pero siempre según lugar y tiempo.

Además, solía decir el santo Padre que el desprecio de las riquezas y de los honores era más necesario en Roma que en cualquier otra parte del mundo, porque en Roma, más que toda otra ciudad, se distribuyen los honores.

El cardenal Federico Borromeo, queriendo renunciar a una de sus dos abadías, bastante pingües, que había renunciado a su favor el cardenal Marcos Altaemps, aconsejóse con su confesor san Felipe, y éste, previendo el buen uso que de aquéllas haría, contestóle: *No haga renuncia alguna, sino procure en lo porvenir emplear con mayor diligencia y espíritu de Dios aquella que apeteciere renunciar, porque aquél a cuyo favor renunciare no sé si los emplearía bien como vos: es mejor que esté colocada tal como está al presente, que así opino «coram Deo».*

Referente a esto cuenta el P. José Mansi, en su áureo libro *«El verdadero eclesiástico»*, haber oído de persona íntima de san Felipe Neri que, sabiendo el Santo que un penitente suyo, dependiente principal de un riquísimo comerciante de los más acreditados de Roma y quizá de Europa, iba cada día creciendo en riquezas, predíjole varias veces que le faltaría el dinero.

Ocurrió que un hijo suyo obtuvo una pingüe abadía de muchos miles de escudos de renta, por lo que fue a ver al Santo y le dijo: *¿Qué dirá ahora Vuestra Reverencia?* Contestó Felipe, firme siempre en su opinión: *Ahora está más cerca la caída.* Y así fue, pues a los pocos meses vino el desastre.

Por eso el cardenal Tarugi, digno hijo de san Felipe, era de esta opinión, que aprendió de su propio santo Padre: *En las familias las rentas eclesiásticas son como fuego que abrasan dentro y fuera.*

La riqueza de la Iglesia se debe emplear parcamente y no gastarla sino cuando se necesite, porque es patrimonio de Dios.

Por eso quería que se gastasen las rentas de la Congregación con mucha medida, llamándolas, como lo son en realidad, capital de los pobres, patrimonio de Cristo, y en esto andaba tan sobre aviso que no podía tolerar que en su Congregación se hiciesen otros gastos fuera de los ordinarios. Y si alguno le hubiese dicho que aquello era demasiada estrechez, respondería: *Quitadme el escrúpulo, que no es patrimonio de la Iglesia, y haced lo que os plazca.*

Por ese mismo motivo es que al Santo no le gustaba en modo alguno que ni aún los gastos

que se hacían en la construcción de la iglesia fuesen por mero lujo. De ahí que, preguntado por un padre de casa con qué material deseaba edificar la fachada de la iglesia, contestó: *De ladrillo*; pareciéndole demasiado lujo y dinero mal empleado cuanto se gastaba en cosa que no fuese de necesidad.

54. Del aseo en el vestir

Amaba y alababa san Felipe la limpieza, desagradándole inmensamente la suciedad, en particular en los vestidos; de ahí que con frecuencia repetía aquel refrán de san Bernardo: *Siempre fui amante de la pobreza, pero nunca de la suciedad*.

A este propósito escribió de su santo Padre, con sencillez y ternura de niño, el B. Juvenal Ancina: «El P. Maestro Felipe es un viejo hermoso, aseado, todo blanco, que parece un armiño; sus carnes son frescas y virginales, y si levantando la mano acontece que la ponga contra el sol se transparenta como el alabastro.»

El P. Francisco Bordini acostumbraba llevar vestidos muy elegantes y aseados, y tenía, además, ciertas singularidades en las cosas referentes a la iglesia, sirviéndose de fina sobrepelliz

bien arreglada, como acostumbraban a prepararlo las monjas; y traspasando en eso los términos de aquella sencillez que el Santo apetecía en los de su Congregación, dijo con espíritu profético: *Este hombre no perseverará en casa; pues ved cómo se da tono de Prelado, ya que de continuo trata con ellos, y será obispo*. Así fue, pues de regreso de Polonia con el cardenal Aldobrandino, y elevado éste al papado, lo sacó de la Congregación, nombrándole obispo de Caviglione y más tarde arzobispo de Aviñón.

55. De la puntualidad en pagar los salarios

No quería el Santo que ni un solo día se retardase el pago de los jornales, y aducía el texto de la Sagrada Escritura: *No retendrás el jornal de tu jornalero hasta la mañana siguiente*.

Se refiere, a propósito de esto, que, debiéndose dar principio a la fábrica de la iglesia de la Vallicela, el Santo llamó al P. Germán Fedeli, destinado por él como superintendente de la dicha fábrica, y le dijo que era su voluntad que cada tarde se diese a los operarios el jornal del día. Replicando el P. Germán no ser costumbre pagar a diario, sino al fin de la semana, el Santo le dijo que se informara bien; y conocido que tal era la

costumbre: *Pues bien, concluyó, si así es, no veo por qué implantar cosas nuevas, pero que se paguen cada semana puntualmente como se da a los demás. Mas, como quiero estar seguro que a cada cual se le paga su trabajo, toma una caja donde se deba guardar el dinero y hazla depositar en mi cuarto, pues quiero cuidar yo de ello.* Hizo Fedeli como le había ordenado el Santo, el cual le mandó que llevase minuciosa cuenta de todos los jornales y que cada sábado le entregase la nota.

Iba, pues, Fedeli todos los sábados al Santo, y dándole este la llave, con grande admiración encontraba allí sólo el dinero que bastaba para pagar las pólizas de los jornales devengados, sin hallar un céntimo más ni uno menos, aunque fuesen varias las pólizas y no siempre las mismas. Sin embargo, el Santo solía, para encubrir el milagro, repetir cada vez: *Mira que la cuenta esté bien. ¿Has hecho bien las cuentas?*

56. Acerca de las diversiones del carnaval.

Comedias y máscaras

En tiempo de carnaval, para impedir, en particular a los jóvenes, que fuesen al teatro, a comedias lascivas o a disfrazarse, acostumbraba el

Santo procurar que se pusiese en escena alguna comedia; y por el mismo fin, asimismo, introdujo la Visita a las Siete Iglesias, que se hacía con tan numerosa asistencia que los concurrentes pasaban de dos mil.

Al mismo fin introdujo también las conferencias espirituales en lugares a cielo descubierto, como en Monte Cavallo, en San Onofre, sitios de hermosísimo panorama.

De ahí que, sabiendo que uno de sus penitentes se había disfrazado, riñóle fuertemente diciéndole que había obrado muy mal, y que se abstuviese de hacerlo en adelante, y le mandó quemara el disfraz.

57. No hemos de causar daño a los animales no perjudiciales

Tenía el Santo tiernísimo corazón, no sólo para con los hombres, sino también con los animales, a los que amaba contemplando en ellos al Criador. Pasando cierto día un Padre de la Congregación por un corral, al pisar un lagarto, le dijo: *Cruel, ¿qué te ha hecho el pobre animalito?* Y en otra ocasión, al pasar Felipe por delante de una carnicería y ver que el carnicero, con un cuchillo de cortar carne, hería a un perro, turbóse